

Juan Uribe Echevarría

## “Tirano Banderas”, novela hispanoamericana sin fronteras



ODOS o casi todos los escritores de la discutida generación del 98 tienen una visión arbitraria de Hispanoamérica, más que arbitraria, incompleta.

La de Pío Baroja es muy conocida para insistir demasiado. Baroja sostiene que la decadencia española toma su origen en la conquista de América—la gran empresa donjuanesca en el plano histórico—sin reparar que un futuro renacimiento de España pueda ocurrir por la misma causa. Baroja se representa a la América española como unidad, sin establecer diferencias entre los países que la componen.

Para Ortega y Gasset, América es Argentina, el país que ha adquirido un mayor stock de sangre europea.

Aquí le oímos contestar a algunas personas que trataban de llevar su atención al problema del indio: «¿Para qué mirar atrás? ¿Para qué bajar al subterráneo? Ustedes tienen un piso ya formado a base de mezcla indoeuropea y sobre él deben construirse».

Don Miguel de Unamuno es, posiblemente, más amplio y comprensivo, pero su interés se ha dirigido más a nuestros grandes hombres que a los problemas y situaciones que los han engendrado. Bolívar, Sarmiento, Martí, Pérez Rosales; eso es Hispanoamérica para don Miguel.

José María Salaverria, vasco, ha estudiado a Bolívar, de origen vasco. También ha escrito sobre el lenguaje de los hispanoamericanos, especialmente sobre el de los gauchos.

Ramón Gómez de la Serna—escritor del 98 en algunos aspectos, que escribe «novedades» miradas desde atrás y desde afuera—nos descubrió a los chilenos una gran vena humorística. Más tarde, en Argentina, el autor de «El Rastro» sólo se acordó de nuestros vendedores de ropita usada. Hasta ahora el Brasil es el único país de estos lados que le ha hecho escribir un buen cuento («Revista de Occidente», 1934).

Todos los escritores citados y algunos más nos han apreciado con una visión unitaria, colonial o virreinal. Para unos, todos somos Argentinas más o menos logradas; para otros, Méxicos o Antillas en aproximación.

Los escritores españoles miran muchas veces a su América como ciertos literatos europeos que asignan un «color» andaluz a Galicia o a las provincias vascongadas y a los que siempre viene a parar a las manos una España de cromo, llena de Cármenes, toreros, pandeteras, curas y contrabandistas.

Esa visión en unidad, virreinal y colonial, de la que

hemos hablado, tiene su máxima expresión en «Tirano Banderas», de este reciente y gran difunto de primera clase: don Ramón María del Valle-Inclán.

Valle-Inclán ha escrito adrede, de propósito, la más soberbia americanada que se pudo concebir. Para Valle-Inclán, Hispanoamérica es cosa propia; una hija o una amante a la que viste y desviste a su regocijado antojo.

Ya en su «Tienda del herbolario» («La pipa de Kif»), nos dibujaba en pequeñas estampas a dos colores:

«Cocal Epopeya del Araucano. (?)  
Que al indio triste torna espartano.

La Pulpería. La Montonera.  
La Pampa enorme con su sonsera.

Té paraguayo de Pilcomayo,  
Al mate dicen té paraguayo.

El mate amargo, viento pampero,  
Las vidalitas en el potrero.

Olor divino de la mulata  
Que trae un recuerdo del Mahabharata.

El chocolate parece cuento;  
No lo inventaron en un convento.

Unos lo achacan a los aztecas  
disputan otros si chucumecas.

[Los girasoles! Incas trofeos,  
mito de mitos indocaldeos.

[Xalapa! Iglesias y costanillas  
tras de las bardas uno en cucullas.

[Campeche! Sedes. Frondas de loros,  
Pintados vuelos de tocolores.

Lentos guitarras, lentos danzones,  
Negros bozales y cimarrones.

[Canela en rama! [Tabaco en rolla!  
Visión de Cuba, canción criolla.

Cacao en lengua de Anahuác  
es pan de dioses o cacahuác.

«Tirano Banderas» es un mucho «La tienda del  
herbolario» puesta en fuga, en novela.

Santa Fe de Tierra Firme, antigua Punta de Ser-  
pientes, lugar imaginario donde impera el niño Santos  
Banderas, es una especie de gran jardín tropical donde  
están representadas casi todas las faunas americanas  
con sus arreos y lenguajes respectivos. No falta nada  
y sobra mucho. El roto, el compadrito, el atorrante, el

pelado, el gaucho, el cholo, el cuico, etc.; todos apa-  
recen ubicados en una misma página y en un mismo  
paisaje por la voluntad de don Ramón.

Un literato de la envergadura de Valle-Inclán no  
iba a tolerar restricciones geográficas ni de ninguna es-  
pecie. Sólo agrupando el color, sólo América toda se  
presentaba a su pluma con cierta prestancia para ser  
tomada en cuenta. Valle-Inclán estuvo en México, en  
Argentina y Chile, posiblemente en Cuba y alguna  
otra parte. No es desconocimiento de América lo que  
ha engendrado «Tirano Banderas», sino una agrupación  
consciente y artística de sus melodías dispares.

Toda América para sus barbas de chivo, menos hu-  
biera sido una falta de respeto para el Marqués de  
Bradomín, el envidiable amante de la niña Chole; esta  
niña Chole que también parece un traspaso del virrei-  
nato del Perú al virreinato de México.

Hasta aquí lo negativo y arbitrario en esta obra de  
Valle-Inclán.

«Tirano Banderas» es una de las más grandes nove-  
las que ha producido o a hecho surgir Hispanoamérica.  
Tolera iguales más no superiores. La superan, pero su-  
pera a su turno. Trae personajes cotidianos—ya no  
aquellos magníficos de la leyenda bradominesca—que  
van quedando insuperados.

El mismo niño Santos Banderas, a ratos, demasiado  
resumen de otros posibles tiranos de América.

Zacarías el cruzado, indio fiero, vengativo y leal.

El licenciado Nacho Veguillas, débil de carácter y

vil prostituidor del intelecto frente al tirano, no desmerece, literariamente, de los demás licenciaditos y doctorcitos que aparecen en las mejores novelas de la revolución mexicana.

El coronelito Domiciano de la Gándara, coronel de opereta, sensual, bravucón y rajador.

Filomeno Cuevas, criollo ranchero, idealista y que hace una «bola» de indios para librar a Punta de Serpientes de la tiranía del niño Santos.

El coronel Irineo Castañón, pata de palo, alcalde de la mazmorra de Santa Mónica.

Don Roque Cepeda, noble figura, teósofo—«varón de muy variadas y desconcertantes lecturas, que por el sendero teosófico lindaba con la cábala, el ocultismo y la filosofía alejandrina»—patriarca y jefe espiritual del movimiento contra el tirano.

Y junto a ellos, los gachupines.

Valle-Inclán tiene para nosotros la gloria de haber sido el único de su generación que ha hecho una novela sobre América. No una novela cualquiera—en este sentido no podemos tomar en cuenta «El capitán Chimista», de Pío Baroja, que no lo representa a él ni a nosotros—sino, para mi gusto, la mejor que escribió. Para los peninsulares tiene el mérito de haber sido el primero entre sus grandes escritores, que ha novelado sobre los españoles que han venido a América después de la independencia. Ese tema que parecía reservado a Baroja, que busca la huella de sus compatriotas en París, en Londres, en Nápoles o en Amsterdam, ha teni-

do en Valle-Inclán su primer vislumbre. El español en América, la continuación de una epopeya que se va convirtiendo en comedia—el padre español, la madre criolla, el hijo universitario y jugador de «basquet-ball», futuro hombre público o magnífico botarate; la hija reina de la primavera, campeona de natación o profesora de Estado—todo eso está vislumbrado ya en los gachupines de «Tirano Banderas». El Casino Español; Quintín Pereda, el de los «Empeñitos»; don Celes, el enriquecido y elocuente jefe de la colonia; el representante de Su Majestad Católica con sus «ojos huevones», la tía Cucaracha, etc.

Interesante sería estudiar la influencia de esta obra de Valle-Inclán sobre algunos escritores de nuestra América. Por ejemplo, sobre Ricardo A. Latcham en su «Esperpento de las Antillas»; en la deliciosa «Odisea de tierra firme», de Mariano Picón-Salas o en el «Panchito Chapopotes» de Xavier Icaza, Jr.; pero todo ello sería materia suficiente para un estudio aparte.

«Tirano Banderas» es una obra que no sólo trae problemas estilísticos para los estudiosos de nuestro idioma, sino también una serie de interrogantes sobre el problema de la novela hispanoamericana—unidad o regionalismo—y, en general, sobre el porvenir de toda la creación artística del futuro en lo que a América atañe.